

VIII

LUCHAS

Al pasar por Washington, el señor Talbot trabó disputa con un partidario de la esclavitud que le echó en cara sus antiguos votos en el congreso.

En aquellos países se argumenta con la pistola en la mano. El señor Talbot perdió la vida en la plaza pública en uno de esos innobles duelos, particulares de la América, que parecen siempre asesinatos.

El conde Alberto volvió á Baltimore. Estrechó las manos de Ellen y las de su madre, y les dijo:

—Parto solo... volveré rico... Aguardadme!

El conde Alberto hizo precisamente ese mismo viaje que el señor Enrique de Villiers acaba de describiros.

No llevaba ningun compañero.

Atravesó la cadena nevada á doscientas ó trescientas del norte del Golden-dagger, y se echó en busca del oro. Sus diplomas le habian sido completamente inútiles en Paris; aquí sus conocimientos geológicos le sirvieron infinito. Descubrió desde luego muchos lechos auríferos. Por uu instante, la idea de hacer él solo la explotación le espantó.

Trazó, sin embargo, la carta de sus *posesiones*, redactó sus noticias y se hizo propietario de su terreno descubierto, tan sólidamente como esto puede hacerse en esos países en donde la legalidad miope lucha con tantas desventajas contra la lógica brutal del YO bárbaro.

Tratábase de construir una máquina para desaguar, así como un dique para contener el agua del Torrente Santo, uno de los afluentes del rio Lewis.

El primer chopo que el conde Alberto echó baajo, le desolió sus manos blancas; y mas

CAROLINA ALFONSO
UNIVERSITARIA

te se habían alejado movidos por esa incesante pasión de cambiar que posee á todo el mundo en Californias. La sangre de los otros había teñido el hacha de Towah.

Towah era un verdadero indio.

Mientras que hubo uno solo de los destructores de su raza en el campamento, no durmió jamás una noche bajo la tienda del conde. Su mujer y él salían sin ruido algunas horas antes del día. Al alba el conde los veía volver, y á veces Towah decía:

— Los huesos de mi padre están rojos!

Esto significaba que un golden-dagger había quedado con la cabeza hecha pedacitos en su puesto de centinela ó en su hamaca, y que Towah había derramado algunas gotas de su sangre sobre la tumba de sus padres.

Desde la aurora hasta la noche, Lille y Towah trabajaban sin descanso con el conde.

El río tenía ya su dique. Mil ochocientos pies de madera secaban al sol. El conde Alberto y sus auxiliares establecieron bien pronto una máquina, evidentemente muy imperfecta, pero que funcionaba á lo

menos; y bien que mal, servía para lavar la arena de la ribera que contenía oro en grandes porciones.

El conde Alberto pudo escribir á Baltimore que volvería antes de un año, y que volvería rico.

Los medios de comunicación por la vía de tierra son precarios y difíciles. El conde Alberto ha sabido después que, ni esta carta ni otras que escribió después, llegaron á su destino.

Una mañana Towah enterró su tomahak sangriento, y dijo:

— Era el último!

A la noche siguiente durmió tranquilo sobre su haz de hojas secas.

Pero el enemigo había descubierto su huella.

Pocos días después, los golden-daggers vinieron á vagar en torno de la cabaña. Towah la rodeó de una especie de trinchera, formada con troncos de árboles, en los cuales practicó unas troneras.

Había en la cabaña, atrincherada de ese modo, tres carabinas y municiones en abundancia.

ALFONSO ALFONSO
UNIVERSITARIA

da del senador Talbot; llamareis á la puerta de su casa, y direis á su hija, que es mi novia: Ellen, Alberto ha muerto por vos, y esto es vuestro. . . .

Los golden-daggers se estuvieron quietos unos seis meses.

Una noche que el conde dormía, despues de un día consagrado todo entero al trabajo, fué despertado por un ruido ligero.

Lille estaba junto á su cabecera.

—Amo mio, le dijo; tomad vuestra carabina!

El conde se puso en pié: un tiro resonó en el mismo instante.

Towah estaba ya en las troneras. Acababa de tender á un Cuchillo de Oro, en el momento en que este comenzaba á destruir á hachazos las palizadas.

Lille empuñó la tercera carabina.

La cabaña tenia entonces una triple línea de defensa: una palizada, un foso profundo, y la trinchera de troncos de árboles.

El conde acompañado de Towah y de Lille sostuvo desde adentro un sitio de cinco noches.

Los golden-daggers se retiraban al despuntar el día, llevándose sus muertos.

Su furor se habia convertido en verdadera rabia.

Antes de alejarse, gritaban:

—Anda! que mañana en la noche sí lo graremos hacerte mil pedazos!

La sexta noche, los golded-daggers incendiaron la cabaña. Habian perdido en la campaña á su mayor y a doce hombres.

Alberto de Rosen salió de su casa, que era presa de las llamas, se trepó sobre la trinchera, disparó su último tiro, y dejó caer á sus piés una arma que le era ya inútil.

Cruzó los brazos sobre el pecho y aguardó al enemigo.

Los golden-daggers le ligaron estrechamente con cuerdas y le llevaron lejos del campamento.

Lille y Towah fueron hechos tambien prisioneros.

Al día siguiente se reunieron en la montaña para elegir gefe.

Hubo entre ellos muchas cuchilladas y algunos muertos, pero ninguno reunió número suficiente de votos.

ALFONSO A ALFONSO
UNIVERSIDAD

- Bolton trepó sobre una de las dos rocas gemelas de que el señor vizconde os ha hablado; Rosen se colocó sobre la otra.

Bolton cayó cabeza abajo, y todo quedó concluido.

El conde Alberto era el mayor de los golden-daggers.

Bajo su mando, los pobres buscadores de oro de la llanura gozaron de alguna sombra de paz. No tuvo la insensata idea de civilizar á sus salvajes soldados, pero les enseñó á sacar el oro del Torrente Santo, y empleó su humor belicoso en poner á raya á los mexicanos....

Estos juraron su pérdida.

Por este tiempo—se interrumpió Jorge—fué cuando tuve ocasion de acercarme al conde Alberto. Creo haber conocido sus mas secretos pensamientos. No sé lo que hubiera hecho colocado en una esfera menos exéntrica; pero puedo afirmar que tenia un valiente corazon y una sana inteligencia....

—Nada mas que eso!.... exclamó la marquesa. Pnes en mi opinion es un hé-

roe.... todo un héroe!... qué decis vosotras, señoras?

El conde Alberto de Rosen fué declarado héroe, por la mayoría de las vizcondesas.

Enrique de Villiers se sonrió con su futura *mamá* y repitió:

—Un héroe, prima; un verdadero héroe!

Jorge Leslie, al tomar algunos momentos de descanso, buscó la mirada de Elena.

La jóven habia llevado la mano de su madre á sus lábios, y la besaba con un aire pensativo.

—Alberto de Rosen perdió la vista, replicó Jorge Leslie, el dia en que el señor vizconde lo encontró preso en poder de los mexicanos.

Elena soltó la mano de su madre, y abrió cuando grandes eran sus ojos, llorosos aún.

—Ciego!.... murmuró.

—El conde Alberto está ciego! repitieron por todas partes.

—Cuando el Sr. de Villiers lo vió tendido sobre unas parihuelas, replicó Jorge Leslie, el viento de una bala acababa de privarlo del órgano de la vista!

LIBRERIA ALFONSINA
CALLE DE LA UNIVERSIDAD
N.º 21